

A MANERA DE EDITORIAL

El día 11 de abril de 2005 se llevó a cabo la ceremonia de entrega de los Premios INAH 2003, en el auditorio Torres Bodet del Museo Nacional de Antropología. El doctor Saúl Millán obtuvo el Premio Fray Bernardino de Sahagún a la mejor tesis de doctorado. Como representante de los galardonados, leyó un espléndido documento de su autoría sobre un tema de enorme interés para todos nosotros: Investigación y patrimonio cultural, en relación con los Premios INAH. Por su importancia, para este número de aniversario de Diario de Campo decidimos publicarlo “A manera de editorial”, conjuntamente con el texto que el licenciado Luciano Cedillo, Director General del INAH, preparó para la celebración. (Gloria Artís)

Investigación y Patrimonio Cultural

A veinte años de distancia, los premios anuales del INAH se han convertido en uno de los rostros más visibles de una institución que tiene como objeto el patrimonio cultural de nuestro país. Si proteger el patrimonio cultural de una nación significa ante todo preservarlo del olvido y situarlo en el conocimiento colectivo, las investigaciones que hoy se premian cumplen sin duda esa función en la medida en que sacan a la luz lo que una sociedad oculta en su pasado y revela para su futuro.

Visto a la luz de las investigaciones que hoy se premian, en efecto, el patrimonio cultural de una nación resulta ser algo más que un conjunto de bienes y de obras, y se manifiesta sobre todo como una reserva

Diario de Campo: siete años ya de saludable vida

Diario de Campo cumple siete años de muy saludable vida. Me complace sobremanera unirme a la celebración de este aniversario. *Diario de Campo*, publicación que mes tras mes se distribuye en todo el INAH y en más de 80 instituciones hermanas, se ha convertido, hoy por hoy, en el mejor vehículo de información sobre la investigación que se realiza en el INAH en todas sus áreas y sobre las actividades asociadas con ésta. A lo largo de su vida, ha dado cabida a gran número de los proyectos en desarrollo, así como a las actividades académicas y culturales que se organizan en los diferentes centros de trabajo, como ciclos de conferencias, foros, cursos, diplomados, entre otras. Novedades editoriales acerca de los temas de nuestro interés, reseñas de libros, de fonogramas y de eventos académicos, noticias que dan cuenta de la vida de nuestra institución, reflexiones sobre temas de actualidad completan la información que *Diario de Campo* nos proporciona.

Muy relevantes y esperados, sin duda, son los aspectos gráficos de

de significados. Significados históricos, estéticos o cosmológicos, pero siempre vinculados con referentes culturales cuya protección inicia con el acto de conocerlos y de nombrarlos. Nombrar es una manera de proteger, porque toda designación lleva implícita la construcción de una memoria. De ahí que el silencio, sobre todo el silencio institucionalizado, sea la forma más sutil de impedir que una cultura se preserve en el tiempo y en el espacio.

Desde su creación, los premios anuales del INAH han sido un concierto de voces que buscan nombrar los referentes y los significados, que subyacen a nuestras manifestaciones del presente y del pasado. Ya sea como tesis, exposiciones o libros publicados, esas investigaciones tienen la virtud de descubrir relaciones ocultas entre las cosas,

y al hacerlo vuelven visible lo que hasta entonces permanecía oculto para el conocimiento cotidiano. Si contribuyen a la preservación del patrimonio cultural de nuestro país es porque revelan el sentido que tiene una costumbre o una pirámide, las cuales serían de otra manera obras carentes de todo significado. Así, cada investigación otorga a sus objetos un valor adicional, lo eleva a un rango distinto que hace posible concebirlo como parte de un patrimonio colectivo, creado por una cultura particular pero significativo para la humanidad en su conjunto.

Investigar y preservar el patrimonio cultural son por lo tanto tareas que se corresponden. Para un Instituto que tiene como prioridad ese destino, premiar y promover la investigación es algo más que seguir la inercia de una vieja costumbre. Es reconocer que lo que hoy entendemos por patrimonio cultural representa también el resultado de numerosas obras académicas, propias y ajenas al Instituto, que se fueron labrando durante años en el laboratorio o en el trabajo de campo, frente a objetos o prácticas culturales que permanecían hasta entonces ocultas entre el silencio de las ruinas o

la publicación: interesantes y bellas fotografías temáticas que dan a conocer nuestros riquísimos acervos institucionales, así como aquellos que pertenecen a los investigadores y que forman parte del trabajo que desarrollan como sustento de sus intereses y de su comprometida investigación. Las fotografías presentadas son resultado y fuente de investigación, y muestran a la vez la sensibilidad artística y social que prevalece en quienes han tomado la decisión de consagrar su vida a la antropología, a la historia, a la restauración. Un acierto más son los suplementos y cuadernos que con frecuencia acompañan la revista, tanto por el alto nivel de su contenido como por su cada vez mayor calidad editorial.

Pero *Diario de Campo* no se limita a ofrecer información sobre el INAH, abarca también la que se genera en otras instituciones afines, con lo que la publicación se convierte en un referente imprescindible para el mundo antropológico en su conjunto. Desde aquí, deseo felicitar a todos quienes realizan *Diario de Campo*: a los investigadores de nuestra institución, quienes lo enriquecen con sus búsquedas y aportaciones cada mes y a la Coordinación Nacional de Antropología que lo ha hecho y lo hace posible. ¡Felicidades a *Diario de Campo* en su séptimo aniversario!

Luciano Cedillo Álvarez

en la lejanía de los pueblos más apartados. Pensemos, por ejemplo, que detrás de sitios como Monte Albán y Teotihuacan, están también las investigaciones de Alfonso Caso y Manuel Gamio, así como las de numerosos arqueólogos e historiadores que han

terminado por ofrecernos una visión de conjunto con la cual observamos hoy en día esas piezas del patrimonio universal de la humanidad.

Respondiendo al espíritu que guía al Instituto, los premios del INAH se otorgan a aquellas investigaciones que surgen de dos disciplinas emparentadas: la historia y la antropología. Quisiera recordar aquí que el vínculo entre ambas disciplinas no es sólo institucional, sino también lógico y metodológico. La historia y la antropología comparten en efecto una vocación por la alteridad que las hace de alguna manera divergentes de otras disciplinas. La distancia temporal que exige el historiador no es de hecho distinta a la distancia cultural que interponemos los antropólogos en el momento del análisis. En ambos casos, examinamos sociedades ajenas a nuestro punto de referencia: sociedades que se ubican en otro tiempo y en otro espacio, pero generalmente distintas a la de nuestro propio contexto cultural.

En este sentido, podríamos afirmar que las investigaciones históricas y antropológicas se destinan a registrar diferencias que acontecen en otros ámbitos, y en esa medida nos muestran la enorme



Turritellas. Caracoles de la provincia Panamáica. © Foto Martha López y José Antonio González.

diversidad a la que están sujetos los discursos humanos. De ahí que su valor sea doble. Si por un lado otorgan un sentido a prácticas, objetos y acontecimientos que no tenían hasta entonces una significación posible, por otro nos muestran que la diversidad es hoy en día una ciencia de la que todos necesitamos. Ante un mundo que se asemeja cada vez más a sí mismo, donde prácticamente se han borrado las diferencias locales y regionales, las investigaciones históricas y antropológicas están ahí para recordarnos que la diversidad todavía es posible en medio de universos globalizados.

Las obras premiadas en esta ocasión son acaso un ejemplo elocuente de lo que intento decir. Una nos muestra que las concepciones del cuerpo y de sus trastornos entre los nahuas de la Sierra Norte de Puebla no son exactamente las mismas que tenemos nosotros frente a nuestras propias enfermedades; otra nos indica que los zoques de los Chimalapas están

convencidos que el mar se encuentra a una altura superior a la de la tierra, y una tercera nos hace notar que la sintaxis en las frases numerales es esencialmente distinta entre el castellano y las lenguas indígenas de Mesoamérica. Entre otras virtudes, que los lectores atentos habrán de descubrir, todas ellas tienen el valor de ser traducciones posibles entre mundos y lenguajes que preservan sus diferencias, y en esa medida contribuyen a promover un diálogo entre culturas que no logran comprenderse plenamente.

El siglo XIX heredó de la Ilustración la idea de un hombre universal, idéntico a sí mismo en todas las latitudes; en el siglo XXI, antropólogos e historiadores vamos descubriendo cada vez más al hombre plural, distinto en cada época y en cada lugar. Este regreso a la diversidad, como hace años vaticinaba Octavio Paz, es uno de los pocos signos positivos en una época que tiende a eliminar el diálogo, porque se esfuerza en

suprimir las diferencias culturales. Hoy en día, en efecto, el diálogo no resulta difícil a causa de la excesiva distancia de los interlocutores, sino a causa de una homogeneidad creciente que convierte a los protagonistas en las repeticiones incesantes de un mismo discurso. Al registrar diferencias en distintas épocas y lugares, las investigaciones históricas y antropológicas no sólo amplían el universo de significados del discurso humano, sino también ponen de manifiesto una diversidad que se ve amenazada por la sombra de un mundo cada vez más homogéneo. A través de la investigación, ambas disciplinas se convierten en la voz que expresa esa diversidad y valora su importancia en circunstancias en las que es preciso repensar el papel de la cultura y su relación con las sociedades democráticas.

Cultura y democracia son en efecto principios que comparten reglas comunes, ya que en ambas la noción de diversidad parece ser la clave. El conocimiento y la preservación de una cultura conllevan por definición una dosis de tolerancia que no puede permanecer ausente en la composición democrática de los modernos estados nacionales, donde la diversidad cultural ha terminado por suscitar problemas jurídicos y morales. En 1992, por ejemplo, nuestra Constitución reconoció finalmente que “la Nación Mexicana tiene una composición pluricultural sustentada originalmente en sus pueblos indígenas”, con lo cual se legisló la obligación de proteger y promover “el desarrollo de sus lenguas, culturas, usos, costumbres, recursos y formas específicas de organización social”.

El hecho de que la Constitución mencione expresamente a los pueblos indígenas del país no es casual: en buena medida, ellos representan el baluarte de la diversidad cultural que aún preserva una nación que ha dejado de soñarse unitaria. Si se admite que una cultura sólo se conoce por sus diferencias, se comprenderá por qué el desarrollo de sus lenguas, usos y costumbres resulta un ingrediente indispensable para identificar nuestras propias variaciones culturales. Los pueblos indígenas están ahí para recordarnos que nuestros valores son también relativos, sujetos al tiempo y al espacio, y para

hacernos ver que la diferencia, cuando no se traduce en segregación y discriminación, encierra al menos el valor de funcionar como un límite de nuestras propias creencias y convicciones.

Con el reconocimiento de la pluralidad cultural, los términos de *nación* y *multiculturalismo* se han hecho de alguna manera convergentes, lo que permite que la antropología y la historia mantengan una puerta abierta en el nuevo debate nacional. Ciencias de la diversidad, sus herramientas parecen cada vez más necesarias en aquellos países donde los sistemas de valores y las “reservas de sentido” han dejado de ser el patrimonio común de todos los miembros de la sociedad. En un país donde 10% de la población habla alguna de las 62 lenguas indígenas oficialmente reconocidas, como es el caso de México, la diversidad cultural es un asunto del pasado y del presente.

El interés de arqueólogos e historiadores por identificar variaciones culturales en el pasado prehispánico y colonial no es, en esta medida, distinto al que mostramos los etnógrafos cuando intentamos identificar esas variaciones en el territorio nacional. En ambos casos, los pueblos indígenas representan esa variación del discurso humano en la que Clifford Geertz veía el objeto central de la antropología. De ahí que las culturas indígenas no sólo sean importantes en cuanto herederas de un discurso ancestral, sino también en cuanto a variaciones culturales que difieren de un modelo nacional uniforme.

¿Qué le puede pedir la cultura, entendida como diversidad, a una institución que está destinada a preservarla? Ante todo, una política que exprese la pluralidad de la cultura mexicana: la llamada alta cultura y la cultura popular, la de la Ciudad de México y la de provincia, la de las minorías y la de las mayorías, la del artista solitario y la del artesano colectivo. En suma, una política cultural que sea el medio para que los miembros de esta nación se comuniquen entre sí y con el mundo el mundo que los rodea, porque la cultura es ante todo una forma de comunicación entre los hombres.

Al principio de mi intervención mencioné que los premios anuales del INAH constitu-

yen uno de los rostros más visibles de nuestra institución. Diría también que son uno de sus rostros más plurales. Desde hace dos décadas, los premios del INAH han convocado a un número creciente de investigadores provenientes de las instituciones más diversas, así como de las distintas entidades federativas del país. Aun cuando su nombre no lo refleja, en realidad constituyen premios nacionales de antropología e historia y en el futuro, me parece, deberían ser designados como tales. Su espíritu no es ya el de un ámbito restringido al de las tareas sustantivas del instituto, sino el de una institución que se abre a la sociedad civil y recoge de ella lo que ésta puede enseñarle. Para tener éxito, en efecto, las políticas culturales de una nación deben partir de un conocimiento cada vez más profundo de sus protagonistas, portadores de un saber y de una cultura que está lejos de ser uniforme, y tal vez no sea excesivo insistir en

que la investigación continúa siendo el medio privilegiado de ese conocimiento.

La magnitud y la variedad de las obras premiadas así lo demuestran. Si más de 40 trabajos han sido seleccionados en esta ocasión, es porque cada uno de ellos representa una contribución relevante al conocimiento de la arqueología, de la etnología y la antropología física, de la lingüística y de la historia, es decir, de una pluralidad de ámbitos donde el patrimonio cultural se expresa con la diversidad que lo hace posible. Los premios anuales convierten al INAH en una institución abierta, porque a través de ellos se demuestra que no sólo las culturas son plurales, sino también los métodos y las disciplinas para investigarlas. Celebremos, pues, la importancia que estas disciplinas pueden tener a la hora de pensar el significado de la diversidad cultural y hasta qué punto sus beneficios son indispensables.

Saúl Millán



Valvas de pelecipodos. © Foto Martha López y José Antonio González.

